

El avispero agitado por Piketty se ubica sobre todo en los países desarrollados, donde el tema de la desigualdad del ingreso y la riqueza se discutía menos que en los países de América Latina, donde esa dolencia social ha estado en el centro del debate desde hace más tiempo. Sin embargo, el método y las propuestas del economista francés pueden nutrir las discusiones regionales sobre tan hiriente problema



ARTÍCULO

La excepción latinoamericana

JOSÉ NATANSON

En momentos en que los estudios de economía parecían hegemonizados por las investigaciones al estilo *Freakonomics*, el *bestseller* de Steven Levitt y Stephen J. Dubner que se vale de los rudimentos de la ciencia económica para analizar las peleas de Sumo o la relación entre los nombres de las personas y su estatus socioeconómico, Thomas Piketty ha escrito un libro-mundo, *El capital en el siglo XXI*, que produjo un sacudón en el debate intelectual como no se veía desde hace años. En una mi-

rada que abarca dos siglos y, si se consideran también sus trabajos previos, cuatro continentes, respaldada en una fabulosa base de datos construida por una red internacional de investigadores, Piketty llega a una conclusión muy concreta: en el largo plazo, la tasa de retorno del capital supera a la tasa de crecimiento del ingreso, por lo que la participación del capital en el producto total tiende a incrementarse. En otras palabras, el capitalismo concentra la riqueza en cada vez menos manos.

Y no se trata sólo del ingreso sino, sobre todo, de la riqueza (no sólo el flujo sino el *stock*), lo que genera un “capitalismo patrimonial” que en el breve —para la historia— lapso de unas décadas recuperará los ni-

veles del siglo XIX, una especie de neovictorianismo dominado por la riqueza no autogenerada de una élite cuyo poder se irá incrementando. Un mundo de herederos consentidos y spendiosos.

La tesis de Piketty demoró tanto en llegar al centro del debate económico mundial debido al recuerdo todavía vívido de un periodo —el que va del *New Deal* (en Estados Unidos) o la finalización de la segunda Guerra Mundial (en Europa occidental y parte del mundo en desarrollo) hasta mediados de los años setenta del siglo pasado— en el cual esta tendencia a la concentración de la riqueza se interrumpió. Creo que vale la pena detenerse en este ciclo por ser de algún modo la excepción a la regla general des-

crita por Piketty. ¿Cómo se explica esta anomalía? La gigantesca destrucción de activos generada por las dos guerras, la depresión económica que estalló entre una y otra, y los esfuerzos de reconstrucción en clave keynesiana que siguieron a la finalización de la segunda explican estas tres o cuatro décadas excepcionales, los “años dorados” según la famosa definición de Eric Hobsbawm, en los que la economía mundial atravesó un periodo de crecimiento extraordinario con efectiva redistribución. A esta explicación habría que añadir un aspecto ajeno al análisis económico de Piketty pero igualmente decisivo: la amenaza expresada por el comunismo y sus mecenas en Moscú, Pekín o La Habana, que obligó al capitalismo —o, mejor dicho, a los capitalistas— a explorar esquemas de compromiso entre clases que alejaran el fantasma latente de una revolución trabajadora, expresados en los largos periodos de gobierno socialdemócrata en Europa pero también en los más breves y tormentosos populismos y desarrollismos latinoamericanos.

Ese mundo, por supuesto, ya no existe. La crisis disparada por el aumento de los precios del petróleo en los años setenta dio inicio a un proceso lento y accidentado pero bien real de reversión del consenso socialdemócrata —o, insisto, populista/desarrollista— de la posguerra, cuya expresión política fueron los triunfos de Margaret Thatcher en 1979 y Ronald Reagan en 1980. Más tarde, con la caída del Muro de Berlín y el fin de la amenaza socialista, desaparecieron los límites que en el pasado imponían algún tipo de contención geopolítica a un capitalismo cada vez más desregulado. Por eso ahora asistimos asombrados a un doble fenómeno: en el primer mundo, la erosión de los mecanismos de bienestar social construidos desde los años treinta y cuarenta, de lo que la mayoría de los países europeos, en particular los pertenecientes a la periferia del euro, pueden dar cuenta; por otro lado, el avance de las relaciones de mercado a zonas del planeta hasta entonces sustraídas total o parcialmente de ellas, que van desde el interior de China hasta el noreste de Brasil, desde la India hasta Vietnam. Como los conquistadores del *Far West* o el general Roca, el capitalismo avanza hacia el desierto.

Pero la posguerra no es la única excepción a esta orientación general desigualadora. La evidencia sugiere que desde hace diez o quince años América Latina, y en particular Sudamérica, atraviesa, considerada globalmente, un periodo de reducción de sus históricamente altos niveles de desigualdad, que, como demuestra Piketty, se están incrementado tanto en el mundo desarrollado como en buena parte de los países periféricos, empezando por el más importante de todos: China.

En efecto, según datos de la CEPAL, el coeficiente de Gini latinoamericano pasó de 0.59 a mediados de los años noventa a 0.51 en la actualidad, es decir que se incrementó la desigualdad regional. Muy resumidamente, los motivos son dos: el primero es el *boom* de los *commodities*, que mejoró los ingresos de prácticamente todas las economías de la región (tirando por tierra a su vez una ley económica que parecía incontestable: la tesis cepaliana que pronosticaba un deterioro inexorable de los términos de intercambio de los países de la región). El segundo motivo, paradójicamente, es el fin del campo socialista, que distrajo la atención de los Estados Unidos respecto de su tradicional patio trasero y habilitó el ascenso de líderes —un indígena cocalero, un obrero de izquierda, un ex guerrillero— que en el pasado habrían sido bloqueados por vía de la desestabilización o el golpe de Estado. Fueron estos líderes los que, una vez en el poder, aplicaron una serie de políticas de inclusión social que contribuyeron a morigerar la desigualdad (y, de manera mucho más notable, a reducir la pobreza).

Aunque la foto de la desigualdad sigue situando a América Latina, pese a los avances, como la región más inequitativa del mundo, la película es más positiva. Comparativamente, el ritmo latinoamericano de reducción del coeficiente de Gini —a razón de 7 décimas al año en promedio— es superior al registrado durante el *New Deal* en los Estados Unidos (6 décimas anuales) y durante el periodo de entreguerras en el Reino Unido (5 décimas). La diferencia es que los Estados Unidos partían de un coeficiente de Gini de 0.50 y la Gran Bretaña de uno de 0.40, contra 0.59 de América Latina. En otros términos, no es que la velocidad sea lenta: el piso era muy bajo.

Por supuesto, la situación no es la misma en todos los países. La caída de la desigualdad fue especialmente notable en Bolivia, Ecuador y Venezuela, y menos marcada en Argentina, Uruguay y Brasil. Los

motivos podrían radicar en una mezcla de economía (los tres primeros países son exportadores netos de recursos naturales hidrocarbúricos, cuyos términos de intercambio mejoraron de manera especialmente notable) y política (los tres cuentan con gobiernos bolivarianos que han puesto un énfasis especial en las políticas sociales). Pero también hay que considerar —una vez más— el punto de partida: la desigualdad social era mucho más aguda en estos países antes de la llegada de la izquierda al poder que en los comparativamente más cohesionados Argentina y Uruguay (aunque no en Brasil).

Volvamos un momento a Piketty. Como suele ocurrir, la tendencia revelada en su investigación había sido detectada antes por la más sagaz y sensible de las antenas, la del mercado capitalista, que por supuesto se mueve más rápido que los análisis académicos y los diagnósticos políticos y ya había comenzado a crear una serie de productos dedicados especialmente a la nueva oligarquía de los superricos del mundo. Hoy, según datos publicados por *The New York Times* (14 de marzo de 2014), existen 167 mil personas con un patrimonio en activos de más de 30 millones de dólares (alguno de ellos compró el Ferrari Spider, el auto más caro de la historia, en 27.5 millones de dólares; la One Cornwall Terrace, una

Hoy existen 167 mil personas con un patrimonio en activos de más de 30 millones de dólares (alguno de ellos compró un automóvil en 27.5 millones de dólares; otro, una mansión londinense en 160 millones, y otro, doce botellas de vino en 476 mil dólares).

mansión frente al Regents Park londinense, en 160 millones, o las doce botellas de vino Domaine de la Romanée-Conti cosecha 1978, en 476 mil dólares). Incluso existe una empresa, Wealth-X, con sede en Singapur, dedicada a proveer información y servicios a la élite de supermillonarios. El fenómeno es tal que llega hasta el Partido Comunista de China, en cuya última asamblea se sentaron 90 delegados con fortunas de entre 300 y... ¡12 mil millones de dólares!

Estos datos anecdóticos demuestran que el mundo victoriano podría, como sugiere Piketty, estar volviendo, aunque todavía queda por investigar qué tipo de desigualdad será la del siglo XXI. Después de 150 años de construcción igualitarista, no podrá ser idéntica a la aristocracia del XIX: una desigualdad probablemente más conflictiva, marcada por la violencia social y que seguramente desbordará los nuevos guetos urbanos para derramarse al conjunto de la sociedad. Sea como fuere, parece difícil que alguien quede a salvo. Pero todo eso es futurología. Por el momento destaquemos la extraordinaria investigación de Piketty, su conclusión y sus excepciones (y las enseñanzas que arroja): tanto los “años dorados” del *New Deal* y la posguerra como el —más incipiente y probablemente frágil— ciclo latinoamericano actual demuestran que, dadas ciertas condiciones, la desigualdad puede atenuarse, algo que el mismo Piketty se encarga de subrayar cuando propone como solución política un impuesto global al capital, una sugerencia que debería comenzar a discutirse antes de que los superricos se vuelvan todavía más ricos e impidan cualquier iniciativa en este sentido. ◀

José Natanson, periodista y politólogo, es director de la edición sudamericana de Le Monde Diplomatique.